

DEL CARÁCTER ANTICRISTIANO DE LA REVOLUCION MODERNA

Y DE SU IMPOTENCIA CONTRA EL ÓRDEN RELIGIOSO

CÓMO LA IMPIEDAD PUDO LLEGAR Á HACERSE GENERAL ENTRE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD EN LAS NACIONES DESTINADAS AL DESQUICIAMIENTO REVOLUCIONARIO.



IENTRAS la obra política de la revolucion de día en día se arraiga más, dice Tocqueville, su obra antireligiosa, por el contrario, se derrumba con mayor estruendo. Á medida que las instituciones políticas, impugnadas por ella, vienen á mayor ruina, y que los poderes, influencias y clases que excitaban los mayores furoros revolucionarios, sucumben tambien vencidos para siempre; á medida que, como señal manifiesta de su derrota, hasta llegan á decaer los mismos ódios que antes inspiraban; á medida, en fin, que el clero se ha apartado más de todo lo que con él habia sucumbido, vimos á la Iglesia resucitar de nuevo en los corazones y arraigarse firmemente en ellos *.

La revolucion moderna, inspirada en la filosofía del siglo XVIII, tenia que ser esencialmente antireligiosa: las pasiones anticristianas son las primeras que en ella se han removido, y las que se desencadenaron con más violencia, y probablemente serán tambien las últimas en extinguirse. Empero, así como será muy difícil levantar las instituciones que ha derrumbado en el órden político, é inútil tambien intentar reducir á total ruina las mudanzas por ella traídas á la vida social, en cambio nada de lo que ha querido innovar en el órden religioso puede durar, y su esterilidad é impotencia en el terreno propio de las creencias religiosas constituye uno de los rasgos que más la caracterizan.

* TOCQUEVILLE, *L'ancien régime et la Revolution*, lib. I, c. II.

Es, en efecto, circunstancia que llena de asombro, ver al terrible huracan condenado á impotencia precisamente en las regiones en que con más furor se desata. Entre los grandes fenómenos sociales que se han producido en las revueltas modernas, pocos hechos hay tan dignos como éste del estudio y meditación del hombre de Estado. Creemos, sin embargo, que nada se justifica más que esta impotencia en cuanto se reflexiona sobre las causas que encendieron las pasiones de impiedad y las confundieron con el desquiciamiento revolucionario. Para demostrarlo nos proponemos hacer breves reflexiones sobre los dos puntos siguientes:

- 1.º ¿Por qué la impiedad pudo llegar á hacerse general entre todas las clases de la sociedad en el continente europeo?
- 2.º ¿Qué influencia ejerció esta impiedad en el carácter de la revolucion; y por qué, á pesar de todos los furoros anticristianos con que exalta al espíritu revolucionario, ha de ser impotente para destruir ó crear algo nuevo en el órden religioso?

Desde el primer tercio del siglo XVIII, aunque en las masas se conservaran todavía con gran veneracion los dogmas de la fé, se sentia ya en las sociedades marcada predisposicion á la incredulidad. Era éste el fruto natural que producian por entonces la crisis del protestantismo y el espiritualismo racionalista de la filosofía en el siglo XVII. Ciertamente que no es pequeña la distancia que média entre la profesion de fé de Lutero y la incredulidad de Bolingbroke, Voltaire y Reimarus. El autor de la protesta creia en la revelacion, en los milagros, en las profecías, en la divinidad de Jesucristo, en la Providencia, etc.; los deístas ó ateos del siglo pasado calificaban, por el contrario, de supersticion toda creencia en lo sobrenatural. Aquél se contentaba con impugnar el catolicismo; éstos rechazaban toda religion. Pero el protestantismo traia en su dogma heterodoxo del libre exámen el germen de muerte, que, más tarde ó más temprano, debia descomponer todo principio de fé en horrible anarquía de incredulidad. Sobre principio semejante era imposible fundar ninguna Iglesia. La Biblia, entregada al exámen individual, interpretada segun los caprichos de cada uno de los fieles, forzosamente debia engendrar escepticismo é impiedad. El edificio aislado, sin sosten, despojado de su principal punto de apoyo, irremisiblemente habia de agrietarse en breve y deshacerse en ruinas. La negacion de lo que contiene la Biblia era

consecuencia natural de la negación de la autoridad de la Iglesia. Imposible que al cabo de algunas generaciones el deísmo de Voltaire no naciera del protestantismo, así como el racionalismo anticristiano de Reimarus y Paulus, y por fin la cínica doctrina del doctor Strauss¹.

Ciertamente, también en el terreno filosófico median enormes divergencias de doctrina entre el siglo XVIII y la centuria anterior. Nada en apariencia hay de común entre el racionalismo volteriano y la metafísica cartesiana, llena de respeto para los dogmas cristianos; nada de común entre el panteísmo de Spinoza y el ateísmo de d'Holbach. La inspiración cristiana dominaba en las escuelas del siglo XVII; el anticristianismo prevalece, por el contrario, en el siglo siguiente. Pero, ¿quién no comprende, sin embargo, que un siglo no hace sino desenvolver los gérmenes de racionalismo filosófico que le legó el anterior?

Múltiples elementos concurrían, pues, en la centuria que nos ha precedido, para producir en las sociedades marcada predisposición á la incredulidad; nada debe, por tanto, extrañar que por entonces abundaran los corifeos de impiedad y deísmo. Pero, ¿por qué aquellos escritores manifestaron furores y pasiones tan exaltadas contra la Iglesia, más que contra cualquiera otra institución?

Aparte de las razones generales que hacen que abominen los justos al impío, y los impíos abominen á los que están en el camino recto, había otros motivos especiales de guerra y discordia entre la Iglesia y el filosofismo. La Iglesia era el primer obstáculo con que tropezaban aquellos literatos políticos al trazar sus planes predilectos de reforma. Nada podría concebirse más antitético que los principios que profesa la Iglesia y las doctrinas proclamadas por los hombres de letras que dirigían el partido revolucionario que se había formado entonces en todas las córtes de Europa. Los hombres de letras no tenían sino desprecios para las tradiciones seculares: proponiéndose constituir á los pueblos según un plan armónico, preconcebido con la fantasía de especulación teórica, no ponían reparo en lanzar á las sociedades por sendas opuestas á su

¹ Véase á STRAUSS, *Vida de Jesús*, traducción de Littre, 1856, t. I, p. 26, y la *Nueva vida de Jesús*, traducción francesa de Neiffert y Dolfus, t. I, p. 14, y en el *Voltaire* del mismo autor, p. 344, en donde con buena lógica demuestra el mismo que con su doctrina no hace sino continuar la obra de Lutero.

historia, desviándolas de la corriente de diez y ocho siglos de tradiciones cristianas. La Iglesia, por el contrario, se apoyaba, ante todo, en la tradición, sin soluciones de continuidad; proclamaba que no se puede llegar á una solución de justicia en lo presente sino respetando todos los derechos de los siglos pasados, como de los tiempos futuros. Ellos no admitían otros títulos que los de la razón natural, ni más derechos que los de la voluntad del mayor número, ni más constitución que el pacto social, libremente consentido; la Iglesia invocaba títulos superiores á la voluntad de las mayorías; constituciones y organización de poderes, fundados sobre cimientos contra los cuales se invocarian en balde las doctrinas del pacto social. Ellos querían suprimir toda distinción de clases y jerarquías: no veían en las sociedades más que individuos, ni aceptaban más autoridad social que el poder efímero improvisado por el sufragio de volubles mayorías; la Iglesia les presentaba su jerarquía, y una sociedad espiritual edificada sobre la obediencia de los fieles á sus pastores y la sumisión de todos al vicario de Cristo en la tierra. Ellos declaraban inútiles el templo y el altar; la revelación, y toda doctrina de lo sobrenatural, les parecía superstición nefanda; la mayor concesión que hacían en el terreno dogmático consistía en reconocer la existencia de un grande Arquitecto, á quien se dignaban llamar también el Sér supremo; á todas las religiones, y en particular á la cristiana, las consideraban como destructora ponzoña, incompatible con la libertad y la razón. La Iglesia, por el contrario, les mostraba que sin templos y altares jamás había existido, ni podrá tampoco constituirse, ninguna sociedad humana; les hacía ver que la religión cristiana había regenerado al hombre y á los pueblos en lo temporal, tanto como en lo espiritual; les ponía, en fin, de manifiesto que los dogmas son inseparables de la moral y el único medio de salvación contra los desvarios del entendimiento y los desenfrenos sociales; y que sin el cristianismo es imposible entre los hombres el respeto de la libertad y de los fueros de la razón. Entre ambos, en suma, se descubría en todos terrenos la oposición radical entre las dos distintas ciudades descritas por San Agustín.

Claramente veían además aquellos publicistas que la Iglesia era el cimiento principal de la sociedad que procuraban destruir, y que el modo mejor de realizar la obra de destrucción que se habían

propuesto, consistía en dirigir los principales esfuerzos contra el orden religioso; porque, socavados los cimientos, el edificio por sí solo se había de derrumbar. De aquí que las declamaciones contra el orden social existente se convirtieran en arrebatos de furor en cuanto se trataba de impugnar los dogmas, jerarquías y tradiciones de la Iglesia.

Por otro lado, por más que la Iglesia fuera también el poder ménos opresor y arbitrario que se conocía, no dejaba de estar igualmente contagiada en sus instituciones temporales por la corrupción de aquel tiempo: los vicios que por todos lados habían hecho irrupción entre la gente eclesiástica; la inmoralidad de costumbres que se advertía en los grados más altos como en los más humildes de la jerarquía; la falta de fé y de virtudes cristianas que se echaba de ver en no pocos abates y prelados; las relaciones de la Iglesia con poderes temporales, generalmente odiados, relaciones tan estrechas que la comprometían sin remedio en la serie de revoluciones y desquiciamientos que se iban á desatar sobre aquella organización social; la Iglesia, en fin, políticamente constituida en el seno de las naciones según el espíritu de los tiempos feudales, cuando hacia siglos que el feudalismo había sucumbido como organización social, exenta de impuestos en sus propiedades, gozando de los demás privilegios feudales, rodeada de todos los abusos inherentes á instituciones que, á pesar de haber cumplido su tiempo, todavía, sin embargo, se mantienen en pié, daba pretexto á las invectivas de los escritores impíos y revolucionarios.

«Pero además de estas razones generales de oposición contra la Iglesia, los escritores, añade Tocqueville, tenían otros motivos especiales de odio, y casi podríamos decir de resentimiento personal, para combatirla con particular furor. Representaba la Iglesia precisamente aquella parte del gobierno que más en contacto estaba con ellos y les oponía mayores trabas. Rara vez los hombres de letras se veían cohibidos por los demás poderes; pero diariamente tenían que habérselas con la censura eclesiástica, encargada de mantener la ortodoxia y de revisar los escritos. Reclamando contra ella la libre manifestación del pensamiento, luchaban por su propia independencia y empezaban por romper una de las trabas que más les cohibía.

• Aunque nuestros reyes se intitularan primogénitos de la Igle-

sia, por entonces, sin embargo, no cumplían sino con el mayor descuido las obligaciones que para con ella tenían contraídas, empleando en la protección del culto muy menor celo que en la defensa de las prerogativas reales. Verdad que no consentían que se le hiciera violencia; pero toleraban que la hirieran sin cesar de un modo indirecto, y lanzaran contra ella innumerables invectivas. Esta sujeción vergonzante, que por aquellos días pesaba sobre los enemigos de la Iglesia, en vez de desarmarlos, les daba mayor crédito y poder. Ocasiones hay en que la opresión de los escritores puede llegar á contener el movimiento de las ideas, y en otras, por el contrario, las trabas legales les dan mayor impulso; pero un género de vigilancia como el que entonces se ejercía sobre los impresos centuplicará siempre el poder de la prensa. La persecución que sufrían los autores bastaba para darles aspecto de víctimas; pero no era lo suficiente enérgica para contener su desenfreno y causarles espanto. Las persecuciones, tardías siempre y ruidosas y vanas, más bien parecían tener por objeto excitarles á proseguir en la propaganda de sus doctrinas, que hacerles desistir de sus tareas de escritor. La absoluta libertad de imprenta hubiera hecho ménos daño á la Iglesia»¹.

Con la sagacidad y profundo juicio que le es habitual, analiza aquí el ilustre publicista los principales motivos que entonces influyeron para que los filósofos y hombres de letras profesaran tan animosamente las doctrinas anticristianas. Veamos ahora cuál fué la causa de que la impiedad del filosofismo se propagara entre todas las clases.

A mediados de la centuria anterior, por todas las naciones de nuestro continente había llegado casi al apogeo que hoy tiene la obra de unidad cimentada en absorbente centralización, iniciada por la monarquía en el siglo XV, pero que recibió sobre todo incontestable empuje en el siglo XVI con las revueltas sociales y políticas á que dió lugar el protestantismo. Bajo la alta inspiración de la Iglesia, durante los siglos medios, se habían formado por todas las naciones de la cristiandad admirables repúblicas. Al terminar la Edad Media era cuando brillaba sobre todo en la plenitud de su lozanía y esplendor esta organización social y política,

¹ A. DE TOCQUEVILLE, *L'Ancien régime et la Revolution*, lib. III, c. II.

viva personificación del gobierno cristiano. Por todas las sociedades europeas (excepción hecha del imperio de Bizancio, que desde la época del cisma no disfrutó ya de los beneficios de la familia europea), dominaba un equilibrio admirable de los derechos, fuerzas sociales é intereses diversos que constituyen el organismo del Estado. Los pueblos habían adquirido por un trabajo secular constituciones parecidas, aunque diversas, en las cuales la aristocracia, la monarquía y las clases populares tenían su propia y legítima representación, y fianza eficaz para el respeto de sus respectivos intereses y derechos. No era omnipotente la aristocracia, ni tampoco la monarquía ni la democracia. El poder real, vigoroso y fuerte, agrupaba alrededor suyo la nación entera: era el vínculo de la nacionalidad, la piedra angular del edificio político. Como poder central y supremo tenía en su mano el gobierno, á su mando el ejército, en sus arcas el tesoro público; pero nada podía en el ejército sin el auxilio de la nobleza, ni en la percepción del impuesto sin el consentimiento de los comunes. El poder de hacer leyes residía en todos á la vez: en el rey, que proponía, aprobaba y sancionaba, y dictaba también decretos *motu proprio*; y en los estamentos, que proponían, deliberaban y votaban, exponían agravios y suplicaban reformas. Había costumbres públicas, y todas las clases sociales, las más altas como las más humildes, intervenían con atribuciones peculiares y derechos propios en la administración del Estado, y comprendían, por tanto, por experiencia práctica la necesidad de los principios fundamentales del orden social. Con ligera diferencia en el predominio de los principios y de las instituciones, con mayor diversidad en la forma que en el fondo, todas las monarquías europeas se regían en aquella época por esta constitución: Dinamarca, Suecia, los pueblos del imperio alemán, Francia, Inglaterra, la más aristocrática de todas. Teníanla también Aragón y Castilla, más libres y democráticas que ninguna otra. Que aquellas venerandas constituciones de los últimos tiempos de la Edad Media, hijas, como las lenguas y las costumbres, de la sabiduría de los siglos y del desenvolvimiento gradual y sucesivo de las naciones, encerraban fecundos gérmenes para lo porvenir de la libertad y de la civilización europea, fuera cosa que nadie se atrevería hoy á poner en duda, aunque no tuviéramos el ejemplo práctico de la constitución inglesa, única entre todas ellas

que ha sabido resistir las invasiones del poder real y dominar hoy las tempestades revolucionarias.

Mas de pronto, acontecimientos extraordinarios vinieron á romper el equilibrio entre los elementos sociales y poner en grave peligro la existencia de las libertades del gobierno representativo. La monarquía, que era un poder fuerte y enérgico, pero encerrado en límites justos y legales por los demás poderes del Estado, fué adquiriendo, poco á poco, elementos casi incontrastables de dominio, alzándose sobre el resto de la nación, avasallando aristocracia y tercer estado, convirtiéndose en absoluta y no reconociendo en adelante freno alguno legal para los decretos de su voluntad soberana. En el organismo que formaban las constituciones antiguas, al llegar la edad moderna, se atrofiaron los miembros, y la cabeza creció de una manera desmedida y monstruosa hasta adquirir todo el Estado constitucion apoplética. La máquina que antes funcionaba sola, movida por los naturales motores que hallaba en la intervencion de las diversas clases, no andaba ya sino artificialmente, á fuerza de brazos de funcionarios reales y de oficinas administrativas. El gobierno, más que gobierno, merecía llamarse en adelante una administración universal y omnipotente. El Estado era una oficina central.

Fuera tarea larga é impropia de este lugar examinar las múltiples causas, todas ellas en extremo complejas, que produjeron tan importante trasformación. Nos contentaremos con decir que á los tres siglos de concluida la Edad Media, habían perecido en nuestro continente aquellas admirables constituciones. La constitución inglesa era la única que se había salvado, no sin correr también gravísimos peligros de perdición. Allí quedaba en pie, en el orden político, la construcción católica de la Edad Media, por más que ahora pareciera entregada á manos protestantes, y que la herejía hubiera arruinado en ella buena parte de sus mayores bellezas y más sábias instituciones, é introducido en cambio otras creaciones, de todo punto discordantes con el conjunto de la obra cristiana. El templo católico de Westminster, servido hoy por el culto anglicano, y con sus altares profanados y afeados por el tropel de estatuas de varones, ilustres si se quiere, como poetas y estadistas, pero no como cristianos, puede servir de comparación para dar una idea de lo que en el orden político ha sucedido en aquel

país con su antigua y veneranda constitucion de Estado cristiano.

Excepcion hecha, pues, de Inglaterra, por todas las demás naciones de Europa, en el siglo XVIII, la corona dominaba omnipotente sobre las ruinas de las antiguas libertades pátrias. Las diferentes clases sociales, alejadas por el poder real y sus agentes burocráticos de toda intervencion en la administracion de sus propios intereses, vivian en la más crasa inexperiencia de los asuntos de gobierno. Ya no existian las admirables costumbres públicas producidas por las antiguas instituciones. Una burocracia omnipotente manejaba el Estado y entendia exclusiva en los asuntos de administracion y gobierno. Los administrados permanecian ajenos del todo á la vida pública. Por más que otra cosa apareciera todavía en las leyes civiles y políticas, en realidad entonces el Estado no estaba ya constituido sino sobre la distincion entre administrados y administradores. De esto mismo nacia profunda desunion y las más opuestas tendencias entre una y otra clase: los unos vivian sujetos á la rutina de la práctica; y los otros, privados de toda experiencia en la vida real, se lanzaban al exclusivismo de las teorías. Natural era que entre éstos últimos adquirieran gran valimiento los hombres de letras que se pusieron á combatir las rutinas del cuerpo administrativo. Con el ingenio propio de su clase, pero con la profunda inexperiencia en los negocios de quien no ha vivido sino entre libros y composiciones literarias, empezaron entonces los literatos á trazar ideales de un gobierno abstracto, haciendo apasionada crítica de los vicios inherentes al gobierno y estado social de su tiempo. Seducidas por los sofismas literarios y las apasionadas invectivas que lanzaban aquellos escritores, todas las clases sociales los aplaudieron con frenesí y se animaron de un espíritu de oposicion radical contra el orden de cosas existente. Así, los hombres de letras vinieron á ser hombres políticos de la mayor influencia, y verdaderos jefes del poderoso partido revolucionario que entonces se formó en Europa, proponiéndose derribar de un golpe las instituciones sociales y políticas, para establecer, de un golpe tambien, en su lugar instituciones del todo nuevas, y más armónicas y sencillas.

Nadie ignora qué género de pasiones anticristianas animaba á estos escritores. Más difícil es venir desde luego á la cuenta de cómo pudieron propagarse con tal rapidez sus odios y fueros an-

ticristianos. En efecto, al impugnar el cristianismo no invocaban ninguna nueva creencia religiosa en su lugar; no impugnaban tampoco un dogma en nombre de otro dogma, ni querian arruinar un culto para sustituirlo por otro. En nombre únicamente de la incredulidad ó del puro deísmo hacian guerra á la religion en general, proponiéndose acabar con toda Iglesia. En vez de dogmas religiosos, invocaban los dogmas democráticos ó enciclopedistas. Con las doctrinas de la igualdad y de la libertad primitiva, del pacto social y de los derechos del hombre, habian formado una religion *sui generis*, sin Dios, sin altar, sin creencias ni esperanzas en la otra vida, que sólo hablaba de los derechos naturales, de la soberanía democrática y de la razon natural; pero que iba á proceder, sin embargo, en su invasion á la manera de las revoluciones religiosas, removiendo á un tiempo todas las sociedades, lanzando apóstoles á todas las extremidades del universo, y propagándose, en fin, cual nuevo islamismo, por medio de ejércitos y cruentas convulsiones. ¿Cómo, predicando doctrinas de pura impiedad, pudieron conseguir que se alejaran las masas de un altar venerando? ¿Cómo pudo la simple pasión política sustituir algun tiempo en las sociedades humanas al dogma religioso? Suceso sin precedente en la historia. En todo tiempo, en efecto, se han conocido escépticos y ateos; pero la absoluta incredulidad en materia de religion, contraría de tal modo los instintos de la naturaleza humana y coloca al hombre en situacion moral tan angustiosa, que nunca el ateismo ha podido formar secta ni partido de accion¹. En manos de los filósofos y publicistas del siglo pasado, la incredulidad, sin embargo, amalgamada con el espíritu revolucionario, llegó á constituir un partido de accion poderoso. Lo que hasta entonces habia sido sólo un mal que no producía contagio, una especie de decaimiento moral, con el que, falta de toda energía, se consumía en silencio el alma, que venía á ser su víctima, en aquella ocasion hizo, no obstante, prosélitos y sectarios fanáticos, y puso á las masas en pié de guerra. Jamás, repetimos, se vió nada parecido en la historia de las sociedades humanas.

En las repúblicas bien ordenadas, donde intervienen las clases, segun sus atribuciones propias, en la gestion de la cosa pública,

¹ D'ALEMBERT, *De l'expulsion des Jésuites en France*, últimas páginas.—De MAISTRE, *L'Eglise gallicane*, lib. I, c. XII.

experimentalmente ha aprendido el ciudadano más humilde que no hay verdad tan fundamental para el gobierno de los pueblos como la de que sin religion no puede existir en el Estado ninguna institucion de libertad, ni se pueden tampoco conjurar para el cuerpo social horribles desquiciamientos. Á tanto llegaba, sin embargo, la inexperiencia política de todas las clases de la sociedad europea en la segunda mitad del siglo XVIII, que todas ignoraban verdad tan fundamental. Los que pasaban por hombres de Estado más insignes, como los más imbéciles proyectistas de gobiernos perfectos; el más rudo pechero, como la antigua clase aristocrática, ahora degenerada en simple cuerpo de nobleza ociosa y corrompida, todos por igual desconocian esta primera necesidad de la vida de las repúblicas. Y reinaba tanta inexperiencia, precisamente en una época en que los abusos y desórdenes de la gente eclesiástica se prestaban más á las invectivas de la impiedad, y cuando para conservar la fé en los corazones hacia más falta que nunca la experiencia práctica de la sublime mision que la religion desempeña. Con gran oportunidad cita Bossuet, en las primeras páginas de su *Historia de las Variaciones*, aquella sentencia que tanto repetía San Bernardo: «La incredulidad ó la herejía no se hacen contagiosas sino en el caso de que las clases superiores y el clero den mal ejemplo»¹. En el siglo XVIII muy grande era la corrupcion del clero, y mayor aún la inmoralidad y los vicios de toda especie de que hacian gala las clases superiores, para que por entonces no produjera terribles contagios los males de que habla San Bernardo.

Sólo con semejante concurso de circunstancias aciagas pudo la

¹ «El que los nobles desprecian la religion de sus mayores, es presagio casi seguro de que se acerca el fin de una sociedad», decía Vico. (*Principii di scienza nova*, lib. II.) Y se comprenderá esto fácilmente, si se tiene en cuenta aquella observacion de Quintiliano: «Es tal la condicion de los superiores, que parece mandan todo lo que hacen» (QUINTILIANO, *declamat.* III). No es otra la explicacion de que la incredulidad ó la herejía no se hagan contagiosas sino en el caso de que las clases superiores y el clero den mal ejemplo; por eso tambien, si los nobles desprecian la religion de sus mayores, es presagio casi seguro de que se acerca el fin de una sociedad, porque el mal ejemplo de las clases superiores hace incrédulas á las demás, y ninguna sociedad puede vivir sin el principio religioso. «Los príncipes y las repúblicas que quieren preservarse de toda corrupcion, decía Maquiavelo, deben, ante todo, conservar en su mayor pureza la religion y sus ceremonias, y mantener el respeto debido á la dignidad del culto; porque no hay presagio más seguro de ruina para un Estado que el desprecio del culto divino». (*Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, lib. I, c. XII.)—*Corruptio optimi pessima*, escribió Tácito.

corriente de impiedad, que dominaba en los filósofos y escritores de aquel siglo, cundir de tal modo en el pueblo y sus gobernantes, que la blasfemia y los odios anticristianos llegaron á ser, en no pocas naciones del continente europeo, pasion general y dominante de todas las clases. Fácil fué á los escritores inculcar en las masas del partido revolucionario que acaudillaban toda su incredulidad y sus iras y pasiones antireligiosas. Sólo así aquellos adalides del filosofismo, que con saña y furor de que apenas hay ejemplo en la historia, impugnaban á la Iglesia en sus dogmas, instituciones y jerarquía, y proponiéndose hacer ruinas de todo el orden social, procuraban antes que nada socavar los cimientos cristianos en que se apoyaba, pudieron, á pesar de no predicar sino doctrinas de impiedad ó de puro deísmo, reunir en torno suyo para la obra de destruccion un partido numeroso y exaltado por iguales odios y furores impíos.

Antes que en Francia se desatara el filosofismo, que luego con tan extraordinaria rapidez se propagó por España, Alemania é Italia, habian aparecido ya en Inglaterra iguales doctrinas irreligiosas. En 1624 Cherbury publicó su libro *De veritate, prout distinguitur revelatione a verosimilitate falso*; en 1695 Locke imprimió su *Cristianismo razonable*, y poco despues John Tyndall su *Cristianismo sin misterios*; y en medio de la primera asociacion que llevó el título de *Free-Thinkers* (libre-pensadores) Collins leia su *Discurso sobre la libertad de pensar*, y aparecian *El Cristianismo tan antiguo como el mundo*, de Tyndall (1740), y el *Discurso sobre los milagros de Jesucristo*, de Woolston, y la série innumerable de obras de este género, hoy completamente olvidadas. Allí tambien, y antes que en ninguna otra parte, la doctrina hizo numerosos y ardientes prosélitos. Whiston Chubb, Shaftesbury, Whitley, etc., se distinguieron con escritos inspirados en el mismo espíritu de impiedad. No pocos miembros de la aristocracia, como Wharton, Somers, Buckingham y Bolingbroke se afiliaron á la escuela. Ninguna blasfemia ha escrito Voltaire que no hubiera ya proferido su amigo y maestro Bolingbroke. Sin embargo, el filosofismo no pudo triunfar en Inglaterra como triunfó en las sociedades del continente. Su constitucion salvó á Inglaterra de la explosion de impiedad que produjo el filosofismo en Francia. Esa constitucion cristiana estaba provista de instituciones bienhechoras, en las cuales, cuando el cuer-

po social estaba enfermo, y sobre todo de enfermedad como la del filosofismo, hallaba pronto eficaz remedio para recobrar la salud; mientras que Francia y las demás naciones vivían, por el contrario, bajo una forma de gobierno, que si bien les daba en momentos dados, y bajo el cetro de grandes reyes, el esplendor de brillantes y poderosas monarquías, en cambio, la descomposicion se apoderaba de ellas, apenas hallaban otro elemento de reconstitucion que las crisis violentas producidas por el exceso mismo del mal. Así Inglaterra, á los cincuenta años de la irrupcion del filosofismo, se hallaba en plena convalecencia del triste contagio, y en Francia y demás naciones, por el contrario, el mal continuaba su curso, é iban cada vez en aumento las terribles convulsiones de la fiebre revolucionaria, que alcanzó su paroxismo en los días del terror, y que continúa produciendo terribles estragos, ofreciendo todavía por desgracia tristes indicios de larga duracion. En cuanto se vió allí amenazado el culto, todos los que tenían algo que perder en un vaiven revolucionario vinieron en defensa de las creencias. «Aquellos mismos que en el terreno teórico se habian señalado como impíos y blasfemos, abjuraron la incredulidad y la combatieron con energía en cuanto quiso descender á consecuencias prácticas. El mismo Bolingbroke hizo alianza y causa comun con los obispos. Poderosas agrupaciones políticas ligaron sus intereses á la defensa y mantenimiento del culto; y no viéndose aislado el clero, animado en su celo con el ejemplo que le daban los campeones del órden seglar, luchó tambien esforzadamente contra la irrupcion del filosofismo. Así, la Iglesia de Inglaterra, á pesar del vicio de su constitucion y de los abusos de toda especie de que adolecia, sostuvo victoriosa el combate. De sus filas surgieron escritores y oradores de primer órden, que mantuvieron la causa del cristianismo. Las doctrinas anticristianas, victoriosamente impugnadas en la discusion, fueron arrojadas del seno de aquella sociedad por acto de natural repulsion»¹.

Nada de esto acació en las sociedades destinadas á sufrir el desquiciamiento revolucionario. Era tal la falta de costumbres públicas, y tal la inexperiencia de todas las clases en materias sociales y políticas, que todas ignoraban por igual las condiciones

¹ TOCQUEVILLE, *L'ancien régime et la Revolution*, lib. III, c. II.

más esenciales para el buen órden y gobierno de los pueblos. No sólo desconocían la mision capital que desempeña el altar en el gobierno de las sociedades humanas, y que sin religion no hay estabilidad, ni libertad, ni justicia en el Estado, sino que llevaban su inexperiencia hasta creer innecesario el culto para la constitucion de una república. La incredulidad cundió entre los mismos que tenían mayor interés en que no se perturbara el Estado y se mantuvieran las pasiones enfrenadas y en sosiego. Tan ciegos andaban, que, no contentándose con hacerse impíos, se convirtieron en apóstoles de irreligion; la impiedad se hizo para ellos alegre distraccion de una vida ociosa, y fué su ocupacion predilecta sembrar en torno suyo la destructora ponzoña. Necesitaban los crueses escarmentos de las revoluciones para volver á la experiencia. El cadalso los iba á regenerar.

II

¿QUÉ INFLUENCIA EJERCIERON ESTAS PASIONES DE IMPIEDAD

EN EL CARÁCTER DE LA REVOLUCION MODERNA?



las pasiones de impiedad que en su seno se remueven, debe principalmente la revolucion el contraste singular de teorías idealistas y sentimentales, y hechos violentos y torpes que la caracterizan; á ellas debe tambien ser la revolucion más cruel y bárbara que han conocido los siglos, así como la que ha producido mayores ruinas y entreabierto mayores abismos. Muchas revoluciones religiosas y políticas recuerda la historia; pero hasta ahora las revoluciones políticas respetaron las creencias religiosas, y las leyes é instituciones del culto, así como las revoluciones religiosas á su vez se contentaron con sustituir un culto por otro, repeliendo toda innovacion en el órden político, y procurando mantener intactas las demás instituciones, como si fuera posible que tarde ó temprano no se reflejara en ellas la mudanza del principio religioso. Fuera la religion ó la constitucion del gobier-

no lo que se intentaba mudar, siempre habia en la sociedad algunos cimientos, que los mismos agitadores revolucionarios procuraban conservar intactos y libres de toda conmocion. Jamás se habia conocido una revolucion que á un tiempo se propusiera echar por tierra el altar y deshacer tambien la organizacion política, lanzándose á universal anarquía. Rotos así á la vez todos los frenos que la religion, las costumbres y las leyes civiles y políticas imponen á los hombres, se abria para la sociedad una época de disolucion espantosa, entre cuyas horribles tormentas era imposible prever hasta dónde llegaria el espíritu revolucionario, libre de obstáculos para entregarse á sus delirios y orgías. No fué otra la causa de que apareciera en nuestra edad, por las naciones cristianas, hordas revolucionarias de fisonomía hasta nuestros tiempos desconocida en la tierra, batallones de muchedumbres disciplinadas para romper todas las disciplinas sociales, dirigidos por hombres consagrados á la pura anarquía, animados de los ódios y pasiones sociales más perversos, insaciables de alteraciones y mudanzas, no rehusando los medios más inicuos para poner por obra los proyectos más atroces, y proclamando, en fin, abiertamente que mantendrán sus reivindicaciones sociales y serán soldados de la anarquía mientras quede por destruir algo de lo que ahora está en pié. Raza de revolucionarios, que sólo nuestra edad ha conocido. Por primera vez se descubrió al estallar la tormenta; pero desde entonces se ha perpetuado entre nosotros. Está hoy en su tercera ó cuarta generacion, y conserva todavía la misma fisonomía, los mismos ódios y rencores, los mismos instintos de destruccion y desórden; profiere aún las mismas blasfemias, proclama las mismas doctrinas insensatas, y para la conjuracion ó para el gobierno se vale de las mismas armas de iniquidad y violencia.

Otro resultado producido por las pasiones de impiedad en el carácter revolucionario de nuestros tiempos es la vaguedad de las aspiraciones, y esa abstraccion peligrosa en que se envuelven las teorías políticas, haciéndose así por igual aplicables á todos los pueblos. De ninguna revolucion política refiere la historia que no se haya desenvuelto aisladamente en la jurisdiccion de cada Estado. Hasta ahora fueron las revoluciones políticas trastornos ó mudanzas á que se veía sujeto cada imperio, segun los vicios y la naturaleza de su propia constitucion, y que revestían siempre un ca-

rácter esencialmente nacional y local. Pero la revolucion moderna, mezclando las tendencias anticristianas con las pasiones democráticas; revistiendo fórmulas indefinidas, aplicables por igual á todas las naciones; dirigiéndose siempre al hombre, independientemente de las leyes y circunstancias especiales de cada ciudadanía; fantaseando, en fin, reformas y constituciones abstractas; ha revuelto á un tiempo á todas las sociedades. Sus tribunales, envueltos en ideas y proyectos indefinidos de reforma, con declamaciones sentimentales que no precisan ni definen nada, imprimen en la anarquía contemporánea el sello de la perpetuidad, lanzando sistemáticamente á los pueblos á los azares de lo imprevisto.

Y no se crea que con esto queremos dar á entender que el hombre puede de alguna manera eliminar lo imprevisto en el curso de los sucesos que van formando la historia. Lo imprevisto forzosamente ha de tener siempre alguna parte en los cálculos de la prudencia humana, y sobre todo en las combinaciones y problemas de la política, que con gran razon se podria llamar la ciencia ó el arte de lo imprevisto. Los mayores hombres de Estado son, á no dudar, aquellos que ménos problemas entregan á la solucion del acaso, y que llevando más lejos que los demás su prevision de los sucesos futuros, dirigen y gobiernan las sociedades, conjurando ó disminuyendo en lo presente los peligros que amenazan en lo venidero, y que al mismo tiempo que remedian en lo posible los males ya producidos, saben sembrar buenos gérmenes, para que más tarde los elementos de prosperidad ahoguen en la constitucion de la patria las causas de ruina y decadencia. Pero por superiores que sean los hombres de Estado, no evitarán que se produzcan en las repúblicas sucesos y resultados tan inesperados como extraños, que nunca podrá el hombre conjurar ó prever; y en el gobierno de las naciones, lo imprevisto desempeñará siempre principal papel, debiendo en todo tiempo ser tarea y procedimiento habitual del buen político el observar primero los hechos y las realidades sociales que se producen por causas independientes y superiores á la voluntad del hombre, y no pasar, sino despues de esta observacion, á las ideas y proyectos. Seria inútil extendernos aquí sobre

¹ En todas las empresas humanas, decía Napoleon I, hay que aňazar las dos terceras partes del éxito con los cálculos de la razon; pero la tercera se ha de confiar á la fortuna y á lo imprevisto. Si aumentas la primera fraccion, serás pusilánime; si aumentas la segunda, temerario.

este punto; si hay alguna enseñanza manifiesta en las tragedias de nuestra edad y en los anales de la historia, es la de que toda revolución está sujeta á sus leyes como un cometa á su órbita; y que la primera y más importante de estas leyes es la impotencia humana para dirigir la marcha de tales sucesos, que deciden la suerte de los imperios. El hombre, á pesar de sentirse con libre albedrío, y, como tal, con plena y omnímoda libertad para determinar sus actos, aparece, sin embargo, siempre en ellos como un simple instrumento, que hoy, sin quererlo, inicia la revolución, y mañana la continúa, y luego, contra su voluntad también, la concluye; instrumento dócil, en fin, que, á pesar de las ilusiones de su soberbia, sin darse cuenta de nada va trasformando y removiendo planes diversos á medida que la obra avanza, y cumple así al pié de la letra los decretos supremos que rigen y gobiernan la vida de las naciones. Y áun aquéllos mismos que mayores ilusiones se hacen de ser los directores de la marcha de su pátria; aquéllos que los contemporáneos y la posteridad aclaman como génios, son los que luego resultan haber sido los instrumentos más dóciles del decreto providencial. Toda la filosofía de la historia podría, en rigor, reducirse á presentar á la humanidad como un agua estancada, llena de fango y corrompida, que las revoluciones ó los hombres superiores hacen correr en una ú otra direccion, segun el decreto providencial que están llamados á cumplir. La revolución francesa y Napoleon no han sido más que una grandiosa comprobacion que ha recibido en nuestro tiempo esta ley fundamental de la historia. No hemos de hacer sobre ello largos comentarios; con las terribles lecciones de impotencia que diariamente está recibiendo el hombre en medio de los trágicos sucesos de la vida social, no se necesita, á la verdad, entendimiento muy perspicaz para adquirir experimentalmente pruebas seguras de que los grandes acontecimientos de la vida de las naciones, lejos de ser dominados y conducidos por alguna voluntad humana, muestran, por el contrario, que los hombres están arrastrados por la mano de un poder misterioso, que hace cumplir sus ocultos designios á las medianías, como á los génios y á las masas populares, produciendo en cada pueblo, con los sucesos más inesperados y con los elementos más humildes, los resultados más extraños é imprevistos. Podremos nosotros llamar á esto, con presuntuosa

ignorancia, azar, casualidad, fortuna; pero si consideramos cómo estos sucesos y resultados inesperados se armonizan con la vida de cada nacionalidad, vienen á tomar parte en la unidad compleja de las fuerzas sociales, y fundiéndose en variedad infinita de combinaciones, que el hombre no podía presumir, son tambien los principales agentes constituyentes de las nacionalidades, los que forman realmente la constitucion de cada pueblo y los que deciden de la prosperidad ó decadencia de los imperios, antes de negar la Providencia, exclamaremos con el príncipe de los oradores del Lácio, que «más bien nos harian creer que las letras revueltas de un alfabeto, lanzadas al aire, volvieron al suelo en tal órden, que formaron sublime epopeya».

Hecha esta salvedad sobre la necesaria intervencion de lo imprevisto en el gobierno de las naciones, como en todos los asuntos de la vida humana, debemos ahora añadir que no cabe, en cambio, delirio mayor ni aventura más peligrosa que la que acometen los pueblos contagiados por la pasion de evocar vagas aspiraciones de reforma para conseguir un mundo mejor, y sin saber á punto fijo ni á dónde van, ni lo que quieren, malbaratan el legado de sus mayores y arruinan el edificio secular que los cobijaba, sin otro propósito ni afan que lanzarse tras lo imprevisto y desconocido. Enfermedad es ésta de las más graves que puede tener la república. Nada hay, en efecto, que deba asustar tanto á los estadistas como la política de lo desconocido y las revoluciones hechas á nombre de ideas vagas ó de ideales indefinidos. Se puede luchar contra las revoluciones más terribles, con tal que ofrezcan miras y soluciones concretas, como se pueden conjurar las grandes catástrofes que fué dado prever; pero es imposible combatir contra lo desconocido, imposible herir ó sujetar á lo que no tiene forma, imposible impugnar lo que no tiene principios é invoca sólo negaciones. Nada, repetimos, debe causar mayor espanto al hombre de Estado. No puede darse más formidable enemigo: vago é impalpable siempre; esfinge devoradora, eternamente envuelta en oscuridad y misterio; abismo mudo, sin orillas y sin fondo, donde el hombre sólo percibe tinieblas, en su seno, sin embargo, se forman para los pueblos los más horribles cataclismos.

Este abismo silencioso, en donde compactas tinieblas ocultan los cataclismos sociales hasta el momento mismo en que estallan,

es ahora lo que por donde quiera descubren los problemas de la política. El afán de hacer revoluciones en busca de lo desconocido es enfermedad constitucional de los pueblos sujetos á la pavorosa crisis del tiempo presente. Nunca se había apoderado de las sociedades humanas tal amor de lo que no se conoce, ni tanto frenesí de hacer ruinas, buscando novedad entre ideales vagos y fantásticos. Nunca los tribunos removieron más violentamente las pasiones populares, y nunca, sin embargo, tuvieron aspiraciones ménos precisas y concretas. Natural consecuencia es ésta de haber roto á un tiempo con todas las tradiciones sociales, y conmovido por igual en una misma hora los cimientos del órden civil y los dogmas religiosos. La pura negacion no es base sobre la cual se puede erigir ninguna construccion social; y una sociedad que al mismo tiempo que desportillaba los cimientos de un régimen antiguo, ha querido derribar tambien un altar, no para sustituirle por otro, sino á nombre de la simple impiedad, debia forzosamente venir á parar á este estado de desquiciamiento y anarquía moral, en que, descontenta de lo presente y ávida de lo porvenir, pero incapaz de edificar nuevas construcciones, no acierta sino á divagar sin norma fija tras de lo que no se conoce. Tal es ahora el Estado social: la revolucion, que quiso apartarnos violentamente de los dogmas cristianos, nada ha podido construir con otra doctrina que no sea la del Evangelio; entre aspiraciones vagas é ideales indefinidos, lo desconocido nos atrae, nada nos detiene en el camino que conduce al abismo, jamás vemos satisfechos nuestros ensueños, y en el mismo dia que triunfa una revolucion redactamos el vago programa de la siguiente. Así, á medida que las generaciones pasan, la revolucion se sucede á sí misma, y la anarquía se hace elemento permanente en nuestra edad.

que se le atribuya, y la voluntad de Dios es la que se cumple. En las cosas de la vida humana, y en las de la vida eterna, el hombre es libre, y el libre es responsable. El libre es responsable de sus actos, y el responsable es libre. El libre es responsable de sus actos, y el responsable es libre. El libre es responsable de sus actos, y el responsable es libre.

III
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO HA DE SER IMPOTENTE PARA DESTRUIR Ó CREAR ALGO EN EL ÓRDEN RELIGIOSO

UNQUE la revolucion moderna es revolucion social y política, que procede á la manera de las herejías; aunque se han desatado en ella con más furor que cualquier otro género de pasiones los odios anticristianos; no es propiamente una revolucion religiosa, y, como decíamos al principio, todo va mostrando que, á pesar de sus furores, en el órden religioso ha de ser estéril de todo punto. Entre los vaivenes de esta tormenta, la Iglesia, como los demás poderes, habrá perdido, para no volverlos á recobrar, los recuerdos de feudalismo que conservaba en algunas de sus instituciones ó formas temporales; habrá perdido tambien los derechos y privilegios del señorío feudal, de que, como propietaria del suelo, disfrutaba durante el antiguo régimen; habrá perdido igualmente la organizacion de derechos y atribuciones temporales que le daba la constitucion de la vieja sociedad del suelo europeo, ahora reducida á polvo; pero en todo lo demás, no sólo ha de salir intacta de este desquiciamiento, sino más vigorosa, más firmemente arraigada en los corazones, y depurada de los vicios de que la contagiaron los tiempos de corrupcion y las instituciones decrepitas con que tuvo que estar en contacto. Llegado el fin de tantas vicisitudes, resultará que se habrá regenerado lo que se pretendia destruir. Ya un prelado católico, dirigiéndose á una asamblea revolucionaria, ha podido anunciar este desenlace de la tragedia moderna, diciendo á los representantes del radicalismo: «Habeis hecho la revolucion sin nosotros y contra nosotros; pero el beneficio ha resultado nuestro. Dios lo dispuso así



UNQUE la revolucion moderna es revolucion social y política, que procede á la manera de las herejías; aunque se han desatado en ella con más furor que cualquier otro género de pasiones los odios anticristianos; no es propiamente una revolucion religiosa, y, como decíamos al principio, todo va mostrando que, á pesar de sus furores, en el órden religioso ha de ser estéril de todo punto. Entre los vaivenes de esta tormenta, la Iglesia, como los demás poderes, habrá perdido, para no volverlos á recobrar, los recuerdos de feudalismo que conservaba en algunas de sus instituciones ó formas temporales; habrá perdido tambien los derechos y privilegios del señorío feudal, de que, como propietaria del suelo, disfrutaba durante el antiguo régimen; habrá perdido igualmente la organizacion de derechos y atribuciones temporales que le daba la constitucion de la vieja sociedad del suelo europeo, ahora reducida á polvo; pero en todo lo demás, no sólo ha de salir intacta de este desquiciamiento, sino más vigorosa, más firmemente arraigada en los corazones, y depurada de los vicios de que la contagiaron los tiempos de corrupcion y las instituciones decrepitas con que tuvo que estar en contacto. Llegado el fin de tantas vicisitudes, resultará que se habrá regenerado lo que se pretendia destruir. Ya un prelado católico, dirigiéndose á una asamblea revolucionaria, ha podido anunciar este desenlace de la tragedia moderna, diciendo á los representantes del radicalismo: «Habeis hecho la revolucion sin nosotros y contra nosotros; pero el beneficio ha resultado nuestro. Dios lo dispuso así

á pesar vuestro, y la voluntad de Dios es la que se cumple, contra todos los empeños y conjuraciones de los hombres»¹.

Ciertamente no es esto lo que imaginan gran número de los contemporáneos; pero sin larga meditacion se comprende que en el órden religioso no puede tener otro desenlace la crisis de nuestra edad; y desde que ha empezado la tragedia revolucionaria, pocos hechos se han ido descubriendo tan claros como éste. Por lo demás, nada más lógico que así suceda. Una religion no se destruye sino con otra religion. Ni la simple impiedad, ni la filosofía, fueron nunca elementos capaces de derruir un altar, aunque fuera pedestal de divinidades inmundas. Ni áun el mismo culto horrible de los caribes dejaría de tener fervientes adoradores sólo porque lo impugnaran las teorías de los filósofos. El paganismo no sucumbió cuando Sócrates y Platon descubrieron su falsedad, y la filosofía se apartó de él para buscar ideales más puros; sucumbió únicamente cuando el cristianismo vino á sustituir los dioses de piedra con el altar sublime del Calvario.

Si en vez de verse impugnado por la nueva Iglesia, el paganismo hubiera tenido que combatir sólo con las escuelas filosóficas, aún veríamos en pié á orillas del Nilo los templos de Isis y Osiris, y consultaríamos todavía á las sibilas de Delfos y de Cumas y de Eritrea, y continuaríamos adorando las estatuas reunidas en el panteon romano.

La filosofía, por sí sola, es incapaz de trasformar un dogma, por absurdo que sea; incapaz, sobre todo, de constituir Iglesia, ó reemplazar el culto antiguo con concepciones de pura metafísica. Nunca podrá el filósofo lo que puede el sacerdote. Nunca de la cátedra de filosofía saldrá la luz intensa que sale del santuario, desvaneciendo las tinieblas de nuestro origen y destinos futuros. Sin el dogma religioso, los imperativos categóricos hallados con las más sábias disertaciones filosóficas, jamás servirán para fundar un sistema de moral. El hombre, en el fondo de su sér, neces-

¹ Desde los primeros años del siglo XVIII, Leibnitz, que habia anunciado esta revolucion, ratificó tambien el desenlace que habia de tener. «Si esta enfermedad moral fin impiedad, va creciendo, decía en 1704, la Providencia corregirá á los hombres con la misma revolucion que de ella tiene que nacer; porque cualquier cosa que suceda, en general todo al fin se mudará siempre á mejor, aunque esto no deba ni pueda suceder sin el prévio castigo de los que con sus culpas contribuyan á producir ese bien.» *Nuevos Ensayos*, t. IV, c. XVI.

sita prosternarse en oracion y tranquilizar las tribulaciones de su conciencia, que le manda ser creyente y cumplir deberes religiosos; con estas necesidades del alma humana, para que un templo quede desierto, preciso es que antes se abran las puertas de otro, donde pueda la humanidad refugiarse tambien, hacer oracion y celebrar ceremonias religiosas.

Tal ha sido la historia de la esterilidad de la revolucion moderna en el órden religioso. En sus arrebatos de impiedad quiso destruir el templo cristiano; pero si bien para exaltar á las masas mezclara con los ódios anticristianos las pasiones democráticas, como solamente representaba contra el dogma religioso la pura negacion y la blasfemia, elementos con los cuales nada se construye, no sólo resultó impotente para destruir el edificio cristiano, sino tambien para levantar otro templo, donde, como lo hicieron las demás herejías, congregara con nuevos ritos gran número de fieles del místico rebaño. El *arrianismo*, el *maniqueismo* y demás herejías (como ahora está sucediendo con el protestantismo), largo tiempo despues de la profunda conmocion que produjeron en la cristiandad, áun cuando estaban ya en plena decadencia y caminaban á completa desaparicion, producian grave discordia y profunda division entre los fieles; y despues de su total extincion, dejaron todavia enterrados grandes y temibles restos históricos en el suelo de las naciones donde hicieron prosélitos sus doctrinas. Pero la revolucion moderna pasará sin dejar huella ni rastro ninguno en el órden religioso: no habrá sido más que una excursion de bárbaros en el mundo moral. Cuando haya pasado la horda de vándalos iconoclastas, únicamente habrá que recomponer las imágenes y volverlas á colocar en los altares, así como reconstruir las ruinas con los mismos materiales, y se verá que toda la tormenta se desató por fuera, sin que hubiese ninguna conmocion ni trastorno interior. Aunque las olas y los vientos se hayan llevado la arena, el peñasco inmovible permanecerá intacto. Cuando todo parezca perdido, todo se habrá salvado. La experiencia de cada día de revolucion va justificando aquel consejo de J. de Maistre: «Dejad pasar el torrente, y esperad».

Así, una revolucion que ha traído para los fieles indecibles angustias; que ha perturbado las conciencias acaso más que ninguna herejía; que ha minado todos los principios de fé, conmovido to-

dos los dogmas; producido, en fin, espantoso trastorno en el mundo moral; una revolucion que ha echado al fondo del abismo todas las tradiciones de las edades pasadas, y cubierto el suelo con las ruinas de los templos del antiguo culto, pareciendo tener el dón de abrir con sus golpes la tierra para sepultar en lo más profundo tronos, instituciones, códigos seculares; una revolucion que prometia no dejar nada en pié de lo antiguo, y que desplegando fuerzas destructoras, de violencia y empuje inauditos, ruge en torno del altar con más fúria que contra otro cualquier enemigo, resulta impotente contra el santuario indefenso, y demuestra que el huracan más espantoso que han conocido los siglos no puede sumergir la barquilla del Pescador.

A medida que el mónstruo vaya progresando entre ruinas y escombros; cuando más piense aproximarse á la realizacion de sus intentos satánicos, é imagine haber vencido para siempre á la que llama su enemiga tradicional, de nuevo verá levantarse al mismo templo, más que nunca majestuoso. Los hijos de los antiguos campeones de la causa revolucionaria, hijos creyentes engendrados por padres impíos, mirarán entonces con horror el mónstruo sangriento que como divinidad adoraron sus padres, y sujetándolo con fuertes ligaduras, lo dejarán inerte y encadenado bajo el átrio del santuario, para edificacion de los fieles y enseñanza de las generaciones venideras.

Tan manifiesta se va descubriendo la esterilidad de la revolucion contra el órden religioso, que entre los mismos elementos revolucionarios ha empezado á cundir el presentimiento de su impotencia. «Hace hoy setenta y cinco años, exclama Quinet, que la revolucion francesa proclamó los derechos del hombre. Para afianzar esta conquista se han vertido torrentes de sangre por todas las regiones de Europa. Inmortales asambleas han aclamado, ro bustecido y organizado, una tras otra, estos derechos nuevos. Dos millones de hombres han muerto por esta causa. Cuanto poder y energia encierra la naturaleza humana se empleó con igual objeto. Jamás se verá en las masas más abnegacion, ni más virtudes públicas. No ha faltado ninguno de los elementos que proporcionan el triunfo á las empresas humanas: surgieron en su favor oradores, capitanes, magistrados. Todos prodigaron cuanto poseian: las madres dieron sus hijos, y los hijos dieron su sangre. Tam-

poco ha faltado la victoria, porque todos los que atacaron á esta revolucion sucumbieron sin conmovérsela. Y despues de tanto triunfo acumulado dentro y fuera de la pátria; despues de haberse sucedido estas inmensas asambleas con todo el esplendor del poder, del génio y de la gloria; despues del estruendo producido por una sociedad que se desploma y por otra que empieza á formarse: si miro en torno mio para ver el resultado político de tantos esfuerzos heroicos; si busco el eco vivo de tantas palabras de fuego y de tantas aclamaciones triunfales; si quiero contemplar las libertades adquiridas con tan gigantescos trabajos; si quiero medir el árbol ya crecido despues de haber conocido el gérmen que se sembró en el surco; si... pero no; no acabo: la pluma se me cae de las manos.... En cuanto á mí, no puedo dejar de meditar sobre este resultado: mientras las revoluciones del siglo XVI emanciparon á media Europa de las instituciones religiosas de la Edad Media, la grande, la invencible revolucion francesa, no pudo emancipar de estas mismas instituciones á una sola aldea.

De nuevo nos encontramos á la entrada de la vieja Iglesia: tenemos que volver á entrar en el círculo de la Edad Media, que creíamos haber salvado para siempre. Tantos esfuerzos para romper el yugo, tantas angustias, tantos actos de audacia, tanto sudor de sangre, todo ha sido en balde: tenemos que volver con nuestro guía á la ciudad de los muertos. Otra vez me veo en el punto de partida, sellado y sepultado con el antiguo texto, que no pude romper, pero con más miserias y tristezas que antes. Así el prisionero, despues de haber intentado en vano escalar el último muro de su prision, vuelve á su calabozo taciturno, inclinada la frente y entregado el pecho á la desesperacion.

A su manera interpreta Quinet esta impotencia de la revolucion, y para explicarla, enumera las causas diversas que, segun su criterio, contribuyeron á producir tanta esterilidad. Pero por mucho que se esfuerce su ingenio, sólo una causa hay verdadera. Con toda precision la ha formulado el mismo escritor, no en el libro que consagra al estudio del problema religioso en el seno de la revolucion, sino más adelante, al apreciar los resultados de la guerra civil de la Vendée, en el capítulo que lleva el siguiente gráfico epí-

1 EDGARD QUINET, *La Revolution*, lib. V, pár. 6, t. I.
2 EDGARD QUINET, *La Revolution*, lib. V, pár. 2, t. I.

grate: «Que sólo una religion pueda vencer á otra religion. Los vencedores vuelven á la religion de los vencidos.» Con verdad dice en este capítulo: «La guerra de la Vendée fué una guerra religiosa, en la cual la religion positiva¹ no estaba más que de un lado. Esto puso en situacion tan desventajosa á los republicanos, que, á pesar de su heroísmo, vinieron á recoger el siguiente extraño desenlace: A pesar de ser ellos los vencedores, volvieron á la religion de los vencidos, y esto lo tuvieron que llamar triunfo y pacificacion. Allí se vió que las ideas vagas ningun efecto producen sobre pueblos ligados á una fé positiva. Podeis exterminarlos, pero no los convertiréis á una verdad desnuda..... ¿En dónde está el Corán de Carrier? ¿Cuál era su pontífice? En balde exterminaba á los sacerdotes; á sus espaldas, Danton buscaba para contraer matrimonio la bendicion de un sacerdote que no hubiera jurado la constitucion, y Robespierre favorecia al bajo clero. La Convencion proclamaba en principio la libertad de aquellos que mandaba exterminar. Tan monstruosa contradiccion hubiera podido durar siglos sin producir nada. Poco importa que se intente llenar el tonel de las Danáides con agua ó con sangre; siempre será el mismo infernal vacío. Carrier será execrable siempre ante todas las generaciones, y dejó en pié todo cuanto él habia creído destruir»².

Y la tragedia de nuestra edad, con sus terribles catástrofes y las consecuencias inesperadas que de ellas resultan, no sólo nos va demostrando palpablemente esta impotencia de la revolucion contra el edificio religioso, sino que cada dia tambien pone más de manifiesto, y confirma del modo más elocuente, el otro hecho que antes señalamos, á saber: que la Iglesia, en el desquiciamiento moderno, recobra mayor vigor y se depura de los elementos de corrupcion recogidos en la atmósfera de tiempos depravados y al contacto de las pasiones humanas.

Verdad es que las tendencias hostiles á la religion persisten aún profundamente arraigadas en las doctrinas y pasiones de los hom-

¹ Suprimiendo esta palabra, que tan en boya anda en nuestros dias, se hubiera expresado Quinet con más verdad. Toda religion tiene necesariamente que ser positiva; la que no es positiva es negativa; es decir, que no es tal religion, sino un sistema de impiedad disfrazado con el nombre de teoría filosófica. Por eso, para hablar con propiedad, debe decirse que la guerra de la Vendée fué una guerra religiosa, en la cual sólo uno de los dos partidos en armas tenia religion.

² QUINET, *La Revolution*, lib. XIII, par. 7, t. II.

bres que tuvieron la desgracia de nacer envueltos en las preocupaciones del siglo pasado, y recibieron en su educacion el impulso de aquella filosofía. Verdad que todavía los ódios anticristianos se agitan con fúria, y que van creciendo entre las masas populares, siempre retrasadas en seguir los movimientos de las clases superiores. Empero tales furios de impiedad se han hecho ya en nuestros tiempos raros entre aquella parte de la juventud consagrada á los trabajos del entendimiento, juventud que fué siempre la que imprimió el impulso principal en la marcha de su tiempo, y de cuyas inspiraciones dependió constantemente el rumbo que ha de llevar cada generacion. Alejándose ahora de las preocupaciones de nuestro tiempo, está dando severa leccion á los hombres de edad más proveceta, que todavía escandalizan con sus doctrinas disolventes, sus máximas de desgobierno, sus ódios, pasiones y venganzas. Muy contados son hoy los hombres que, habiendo hecho sérios estudios y meditado largamente sobre nuestro estado social, no condenen con los anatemas más severos aquellas pasiones de impiedad que tantos cataclismos han producido. Las clases más elevadas, que antes de la revolucion eran las más incrédulas y pervertidas, se acogieron en el santuario al primer rugido de la tempestad: sacudidas las primeras por el huracan, fueron tambien las primeras en convertirse. La clase media, que luego á su vez se sintió envuelta en la borrasca, empezó asimismo á volver á su antigua fé á medida que fué recogiendo la experiencia de las revoluciones. Si aún crece y se alberga la incredulidad en las clases populares, es porque todavía no ha llegado hasta ellas todo el escarmiento. Con más facilidad se pueden exaltar las pasiones populares que volverlas á enfrenar. Por eso, alborotar las muchedumbres sin tener el talento de saberlas dominar, fué siempre en política el sello de las medianías. El pueblo lee los impresos y pasquines subversivos, y se enardece con el discurso que oye pronunciar al tribuno; pero no ha leído, ni leerá nunca (porque no está educado para ello, ni lo estará jamás), los libros de alta controversia de los hombres que le lanzan á las luchas sociales. De aquí que, largo tiempo despues de haber quedado desacreditada para siempre una doctrina en el terreno teórico, continúe aún poniendo en efervescencia á las masas, y excitando en ellas arrebatos de pasion. Para conseguir que hagan explosion las pasiones y seculares rencores del pueblo, bastó

siempre hacerle oír algún mote sonoro que le condujera al combate. Un sustantivo bien buscado, una sentencia de efecto, le producen conmociones más profundas que las doctrinas más sábias y los principios más sublimes. Proudhon lo conocia á maravilla cuando, para ponerlo en pié de guerra, le entregaba aquellos siniestros lemas: «La propiedad es el robo», «Dios es el mal», etc. El vulgo (y, como Cervantes, entendemos que es vulgo todo el que no sabe) acepta estos emblemas como apotegmas de sabiduría; cree á piés juntillas que encierra más virtud regeneradora que el Evangelio, y se lanza á propagar la buena nueva, poniéndolo todo á sangre y fuego en espantosas révultas sociales; pues éste es el único modo de apostolado que él comprende. Necesita, para volver de su ilusión, que algunas generaciones bajen á la tumba entre desastres de anarquía. No de otro modo han revuelto ahora al pueblo, entregándole por lema la palabra liberalismo como talisman y remedio supremo contra la universalidad de los males. Con esta palabra inculcaron en él todas las pasiones revolucionarias de impiedad y desenfreno, y la ilusión de creer que se regeneran las sociedades llamando libertad á la tiranía, y que la iniquidad por sí propia se santifica siendo democrática. Puestas así las masas en conmocion, buscan en las orgías de la indisciplina social el triunfo de la fuerza bruta y del ateísmo. Para que se desvanezcan sus ilusiones y adquieran alguna parte de la experiencia que recogieron ya las clases superiores, necesitan aún repetidas tormentas de escarmientos crueles. No nos extrañe, pues, que, aunque hayamos pasado ya el zénit de la impiedad revolucionaria, cunda todavía por las masas este género de pasiones; ni creamos que los odios populares contra el culto han de conseguir lo que no pudo alcanzar el filosofismo.

Todo, por otra parte, revela la provechosa reaccion que donde quiera se está produciendo en favor de la Iglesia. Estamos ahora en medio de un movimiento de resurreccion católica, que empieza á surgir tan poderoso y admirable como el de la segunda mitad del siglo XVI. Á la gente eclesiástica depravada, que tantos escándalos dió durante el siglo XVIII, ha sucedido ahora, en la mayor parte de las naciones cristianas, un clero, modelo de abnegacion y virtudes en todos los grados de la jerarquía, digno de los mejores siglos de la Iglesia. Entre una generacion de hombres que habian

perdido la fé, hemos visto surgir de improviso numerosos y ardientes apóstoles cristianos. Aunque, como todos los de su generacion, desde la infancia se habian alimentado de las preocupaciones filosóficas que les legaron sus padres, las han sabido vencer; los agitaron todas las pasiones de impiedad, conocieron todos los errores del filosofismo, no hubo argumento ni sofisma que no tuvieran que refutar antes de acogerse á la Iglesia romana; pero supieron dominar todos los obstáculos y convertirse en campeones de la fé, hallándose entre ellos los doctores y controversistas más sábios que hoy tiene la Iglesia. Quizás desde los primeros dias del cristianismo no habia surgido con tanta majestad como ahora este género de apóstoles, salido de las mismas filas de la impiedad y de la herejía. Es que el espíritu cristiano está tan jóven y lleno de vida en el siglo XIX, que sin esfuerzo produce ahora las conversiones admirables de sus tiempos heroicos. Hoy, como en los dias de los Justinos, los Atenágoras, los Clementes de Alejandría, los Tertulianos y los Agustines, hombres que pertenecian á las sectas filosóficas ó á los cismas más en pugna con la Iglesia: los Newman, los Manning, los Faber, los Wilberforce, los Hettinger, etc., se convierten en los más enérgicos defensores de la verdad religiosa. Y mientras presenciarnos estos triunfos del antiguo culto, vemos en cambio á sus piés y en el polvo los restos mutilados del protestantismo, dándose por satisfechos con vetejar sin ambicion, sin proselitismo, y no ejerciendo ninguna influencia sobre los destinos de las sociedades.

Sin entrar en larga enumeracion de los elocuentes presagios que anuncian la grandiosa resurreccion católica que empieza á conmovér al mundo, bastará observar el carácter que en el seno de nuestras sociedades ha venido al fin á tomar la lucha implacable entre los dos campeones, para comprender cuál de los dos, tarde ó temprano, ha de vencer.

Desde que empezó á anunciarse la terrible crisis de nuestra edad, las naciones se vieron divididas en dos fuerzas, que, más que partidos, debieran llamarse dos sociedades, dos razas inconciliables que se disputan el suelo europeo. De un lado estaban los partidarios de la antigua organizacion social, que sucumbia bajo el

¹ Quiser, *La Revolution*, t. I, lib. V, par. 9.

peso de los siglos y de los abusos que prohibaba, y de las iras de sus contrarios; de otro estaban los fanáticos de la idea nueva, que para estirpar abusos se proponían reducirlo todo á ruinas, y con intolerancia y accesos de furia sin ejemplo, sólo comparables con la violencia de su soberbia, no admitían para buscar tiempos mejores sino procedimientos de fuerza y destrucciones radicales. Uno y otro partido, cada cual en su género, eran revolucionarios. Aquellos, porque no revolían sino proyectos de universal demolición, y porque, sin reparar en medios ni cuidar de las consecuencias que iba á tener su obra destructora, preparaban para su patria días tristes de sangre y luto. Éstos, porque cegados por rancias preocupaciones, ó manteniendo abusos é injusticias irritantes, no más que porque eran tradicionales; oponiéndose, en fin, sistemáticamente á toda reforma, daban lugar á que, acumulados los odios, estallaran por fin, rompiendo todos los frenos y destruyendo de un golpe, en terrible explosión, instituciones que, oportunamente reformadas, hubieran podido durar largo tiempo y constituir fecundos elementos de prosperidad.

○ Todavía continúa entre ellos ardiente é implacable la lucha, aunque por momentos se va marcando de un modo más manifiesto el rumbo que cada uno sigue. Nada más fácil que en un principio, cuando aún permanecía envuelto en el misterio inescrutable de lo futuro el carácter que iba á tener la terrible contienda, ni se presentían las catástrofes, oyéndose á los unos aclamar los lemas de la libertad, pedir libertad civil y política, libertad para la familia, para la propiedad y el culto é igualdad ante la ley; mientras otros, en cambio, se contentaban con proclamar el respeto de lo pasado y la conservación de las instituciones sociales, nada más fácil que surgieran profundas ilusiones, y que los hombres de bien no supieran á qué partido inclinarse. Grande era entonces la in-experiencia de todos, para que con igual seducción no se dejaran arrastrar los hombres, bien al partido de aquéllos que, manteniendo la organización secular de la sociedad con todos sus vicios y privilegios injustos, se mostraban al mismo tiempo campeones de los principios religiosos; ó bien á la secta del filosofismo, que, lanzando anatemas sobre los abusos y pidiendo justicia, proclamaba el materialismo, y al mismo tiempo que rebajaba al hombre, negando en él todo principio espiritual y libre, lo llenaba de soberbia

y desmedido orgullo en la propia razón, y mezclaba de la manera más extraña los dogmas del ateísmo con las doctrinas del progreso, que forzosamente suponen la idea de la Providencia.

Hoy la experiencia ha hecho más difíciles para nuestra generación las ilusiones que pudieron obcecar á los que tenían lleno el corazón de aspiraciones generosas, pero menos razón que sentimiento, cuando por primera vez se planteó el gran problema de nuestra edad. Sabemos ya á qué atenemos acerca de lo que la revolución significa, y hemos aprendido de qué manera se debe conservar lo pasado. Pero también ha llegado la hora de que podamos apreciar la altísima misión que la Iglesia ha desempeñado en medio del espantoso desquiciamiento. Desde el primer momento, y cuando las sociedades estaban envueltas en horizontes tenebrosos y todo lo veían con las ilusiones de la inexperiencia, la Iglesia, con la sublime penetración que la distingue para discernir lo verdadero de lo falso, en las preocupaciones que se apoderan de cada siglo, supo, entre el confuso caos de sueños y pasiones ardientes, de buenos y malos principios que exaltaban á aquella edad, separar desde luego los elementos de vida y regeneración de los gérmenes de destrucción y ponzoña. Libre de todo compromiso de secta ó de partido, enemiga de los abusos y del filosofismo, sin las imprudencias y la tenacidad y el ciego espíritu de los defensores del antiguo régimen, supo mantener los derechos de lo pasado; y sin las declamaciones de los escritores revolucionarios censuró los vicios de las instituciones decrépitas. En vez de trazar, como lo acostumbraba su siglo, confusos ideales de reforma, que por su misma vaguedad conducían al abismo, supo combatir la depravación y licencia con la rigidez y severidad del principio cristiano; y cuando la sociedad se engreía con paradojas y corría delirante por la senda de las revoluciones, calumniando á la religión, á las obras y creencias de sus mayores, la Iglesia hizo justicia á los tiempos que fueron, comprendió también las nuevas necesidades de la sociedad, y abogó por la alianza de lo pasado y de lo venidero en el seno del cristianismo. A los unos enseñó lo que debía ser la autoridad, y á los otros lo que debía ser la libertad. La Iglesia, en una palabra, condenó con su mayor severidad la obra y las tendencias revolucionarias; pero cobijó aquellas aspiraciones que reclamaban la transformación del antiguo régimen y la eliminación de sus abusos y

grandes injusticias, las reformas, el progreso, las verdaderas libertades que necesitan los pueblos cristianos, la práctica, en fin, de lo que propiamente debiera llamarse liberalismo, si un elemento funesto no hubiera usurpado este nombre, y con tristes hazañas falseado su significación.

La Iglesia es, por lo tanto, la que ha formado en el seno de las sociedades revueltas de nuestros tiempos ese núcleo que, si en un principio pudo parecer pobre y exiguo, de día en día ha ido creciendo con maravillosa pujanza, á medida que se desenvolvió el drama de las revoluciones. Al fin de cada catástrofe, á este núcleo se van acogiendo en masa los revolucionarios arrepentidos ó desilusionados y los partidarios pertinaces de lo antiguo. En ella buscan ahora amparo, los unos, desengañados y avisados al fin por obras de abominable tiranía, que no es la libertad el ideal que la revolucion persigue; convencidos los otros, por último, entre sus nuestros desenlaces, de que no se conserva lo pasado sino reformándolo á la medida de los tiempos, y depurándolo sin cesar de los vicios que la duracion acumula en toda obra humana, y experimentados tambien en triste escarmiento de que el espíritu de resistencia es impotente para mantener por sí solo el vigor de las instituciones, y que si no se vivifican en tiempo oportuno con atinadas y justas reformas, se hace inevitable la explosion de aquellas terribles tormentas que todo lo hacen ruina.

De este modo las mismas catástrofes sociales han agrupado en torno de la Iglesia poderosos elementos para combatir á la revolucion, y hoy realmente no hay en la sociedad más que dos campeones frente á frente: la Iglesia y la revolucion; toda la lucha se resume en el gran duelo entre el catolicismo y el liberalismo. De un lado están los tribunos, que abjurán los lemas de libertad cuando ya no les sirven para producir sediciones; los partidos que reniegan de aquellos principios de libertad en el órden civil, religioso y político, invocados por ellos como pretexto al empezar la revolucion, pero que ya ahora declaran paladinamente que no quieren ni libertad política, ni libertad en la enseñanza, ni libertad paterna, ni libertad para la propiedad y para la Iglesia, sino el acto revolucionario, el monopolio y tiranía del Estado; los hombres, en fin, á quienes en más de una ocasion solemne hemos oido gritar: *¡Perezca la libertad con tal que la revolucion se salve!* En

el campo opuesto están los elementos agrupados en derredor de la Iglesia. No han cesado éstos de verse impugnados con furia por las pasiones revolucionarias, y desviados una y otra vez de su rumbo por las tormentas sociales; pero entre los escombros de tanta ruina supieron no perder de vista el verdadero fin de las reformas, y persiguiendo sin descanso la grande obra hasta aquí abortada, reclaman las verdaderas libertades civiles y políticas necesarias para regenerar á la sociedad que el antiguo régimen, al morir, entregó á nuestros tiempos. ¿Cuál de los dos alcanzará al fin completo triunfo? Todo ahora preságia que, como sucedió al día siguiente de la invasion de los bárbaros y la caída del coloso romano, cuando se disipen los densos torbellinos de humo del incendio revolucionario que todavia cubren nuestros horizontes, y vaya posándose el polvo que se levanta de los piés de tantas muchedumbres revueltas y de la ruina de tantos monumentos; á medida que los desengaños vayan desvaneciendo las ilusiones y cese el estruendo producido al desplomarse la antigua sociedad sobre el suelo europeo,—entre las ruinas de lo antiguo, sólo la cruz aparecerá en pié, y á ella se acogerá el mundo nuevo que surja del sepulcro de lo pasado.

Rafael, al trazar en las galerías del Vaticano los grandiosos temas bíblicos de la creacion, en el más inspirado de aquellos inmortales frescos, personificó á Jehová en un anciano que, envuelto en el caos, repele con su diestra á las tinieblas, y de ellas hace brotar la luz, para producir la primera mañana que iluminó al universo. Ese mismo cuadro podría representar con toda exactitud la obra que está realizando la Iglesia en medio de las sociedades modernas. El mundo moral está en el caos, y sobre ese caos, como en el momento misterioso de la creacion, entre torbellinos de compactas tinieblas, flota ahora el arca santa de la Iglesia, que lleva en su seno al espíritu de Dios, que de nuevo está separando la luz de las tinieblas, y muy luego ha de hacer brillar la nueva aurora cristiana.

